

Carolina, espantada, telegrafió aquella misma tarde á su hermano, que estaba en Roma para una semana todavía; y tres días después llegaba Hamelin á París, acudiendo al peligro.

La explicación entre Saccard y el ingeniero fué violenta, en la calle de San Lázaro, en aquella sala de los planos, donde, en otro tiempo, el negocio había sido tan discutido y resuelto con tanto entusiasmo. Durante los tres días había seguido agravándose la catástrofe en la Bolsa; las acciones del Universal bajaron, golpe á golpe, á menos de la par, á cuatrocientos treinta francos; y la baja continuaba, el edificio crujía y se derrumbaba de hora en hora.

Carolina escuchó silenciosa, evitando intervenir. Estaba llena de remordimientos, porque se acusaba de complicidad, puesto que ella había sido quien, después de haberse prometido velar, había dejado hacer todo. En vez de contentarse con vender sus títulos simplemente, á fin de

contener el alza, ¿no había debido hacer otra cosa, prevenir á las gentes, obrar, en una palabra? En su adoración por su hermano, su corazón sangraba al verlo comprometido de aquel modo, en medio de sus grandes trabajos trastornados, de toda la obra de su vida vuelta á poner en tela de juicio; y sufría tanto más, cuanto que no se sentía ya libre de juzgar á Saccard: ¿no lo había amado? ¿no era suya con aquel lazo secreto de que se avergonzaba más ahora? Colocada así entre aquellos dos hombres, sentíase desgarrada por un combate interior. El día de la catástrofe había abrumado á Saccard con un gran arranque de franqueza, desahogando su corazón de los reproches y temores que había ido amontonando en él desde hacía mucho tiempo. Luego, al verlo sonreír, tenaz, invicto á pesar de todo, al pensar en la fuerza que necesitaba para quedar en pie, se había dicho que ella no tenía derecho, después de haberse mostrado débil con él, para rematarlo, para herirlo, ahora que estaba en tierra. Y refugiada en el silencio, mostrando sólo el reproche de su actitud, no quería ser más que un testigo.

Pero Hamelin, aquella vez, se arrebataba, él, tan conciliador de ordinario, tan sin interés por todo lo que no era sus trabajos. Atacó el juego con extrema violencia: el Universal sucumbía á la locura del juego, á una crisis de absoluta demencia. Sin duda que él no era de los que pretendían que un Banco puede dejar que caigan sus

títulos, como una Compañía de caminos de hierro, por ejemplo: la Compañía de caminos de hierro tiene su inmenso material, que hace sus ingresos; mientras que el verdadero material de un Banco es su crédito, y agoniza así que su crédito vacila. Pero en esto había una cuestión de medida. Si era necesario y aun prudente mantener el precio de dos mil francos, era insensato y completamente criminal empujarlo, querer imponerlo á tres mil y más. Desde su llegada había exigido la verdad, toda la verdad. Ya no se le podía mentir ahora, decirle, como había tolerado que se declarase en su presencia, ante la última junta, que la sociedad no poseía ni una de sus acciones. Allí estaban los libros, y descubriría fácilmente en ellos las mentiras. Así, respecto á la cuenta Sabatani, sabía que este testaferro ocultaba las operaciones hechas por la sociedad; y podía seguir allí, mes por mes, durante dos años, la fiebre creciente de Saccard, tímido al principio, comprando con prudencia, lanzado después á compras cada vez más considerables, hasta llegar á la enorme cifra de veintisiete mil acciones, que habían costado cerca de cuarenta y ocho millones. ¿No era un disparate, de una impudente locura que parecía ser una burla, aquella cifra de negocios puestos á nombre de un Sabatani? Y aquel Sabatani no era el único, había allí más testaferros, empleados del Banco, hasta administradores, cuyas compras al contado, cargadas á las cuentas corrientes, pasaban de veinte mil accio-

nes, que representaban también cerca de cuarenta y ocho millones. En fin, todo esto no era todavía más que las compras firmes, á las que había que añadir las compras á plazos, realizadas en el curso de la última liquidación de Enero: más de veinte mil acciones, por una suma de sesenta y siete millones, que el Universal tenía que recoger; sin contar, en la Bolsa de Lion, otros diez mil títulos, veinticuatro millones más. Lo que, sumado todo, demostraba que la sociedad tenía en su poder cerca de la cuarta parte de las acciones emitidas por ella, y que había pagado esas acciones con la aterradora suma de doscientos millones. Este era el abismo donde se hundía.

A los ojos de Hamelin habían asomado lágrimas de dolor y de cólera. ¡Y él que acaba de echar tan felizmente en Roma las bases de su gran banco católico, el Tesoro del Santo Sepulcro, que permitiría en los días cercanos de la persecución, instalar regimiento al Papa en Jerusalem, en la gloria legendaria de los santos lugares: un banco destinado á poner el nuevo reino de Palestina al abrigo de las perturbaciones políticas, basando su presupuesto, con la garantía de los recursos del país, sobre toda una serie de emisiones, cuyos títulos se disputarían los cristianos del mundo entero! ¡Y todo esto se venía abajo de un golpe, en aquella imbécil demencia del juego! Había partido dejando un balance admirable, millones á montones, una sociedad

en una prosperidad tan rápida y tan alta, que era el asombro del mundo; y al volver, menos de un mes después, los millones se habían fundido, la sociedad estaba por los suelos, hecha polvo, allí no había más que un agujero oscuro, por donde parecía haber pasado el fuego. Su estupor aumentaba; y exigía violentamente explicaciones, quería comprender qué poder misterioso había lanzado á Saccard á encarnizarse de aquel modo contra el colosal edificio que había levantado, á destruirlo piedra á piedra por un lado, mientras pretendía terminarlo por el otro.

Saccard contestó muy claramente, sin incomodarse. Después de la primeras horas de emoción y de anonadamiento, se había vuelto á encontrar en pie, firme, con su indomable esperanza. La traición había hecho posible la catástrofe, pero nada estaba perdido, él lo levantaría todo. Y, por otra parte, si el Universal había tenido una prosperidad tan rápida y tan grande, ¿no la debía á los medios que se le echaban en cara: la creación del sindicato, los aumentos sucesivos del capital, el balance anticipado del último ejercicio, las acciones conservadas por la sociedad y, más tarde, las acciones compradas en masa, locamente? Todo esto había que tenerlo en cuenta. Si se aceptaba el éxito, había que aceptar también los riesgos. Cuando se caldea demasiado una máquina, es posible que estalle. Por lo demás, no confesaba ninguna falta, había hecho, simplemente con más inteligente franqueza, lo

que hace todo director de banco; y no abandonaba su idea genial, su idea gigantesca, comprar la totalidad de los títulos, abatir á Gundermann. Había faltado dinero, he aquí todo. Ahora había que volver á comenzar. Acababa de ser convocada para el lunes siguiente una junta general extraordinaria, y decía que estaba absolutamente seguro de sus accionistas, que obtendría de ellos los sacrificios indispensables, convencido de que, á una palabra suya, todos traerían su fortuna. Entre tanto, se viviría, gracias á las pequeñas sumas que las otras casas de crédito, los grandes bancos, adelantaban todas las mañanas para las necesidades apremiantes del día, en el temor de un derrumbamiento demasiado brusco, que los habría quebrantado á ellos mismos. Pasada la crisis, todo iba á comenzar otra vez y á resplandecer de nuevo.

—Pero—objetó Hamelin, á quien calmaba ya aquella tranquilidad sonriente—¿no veis en esos socorros proporcionados por nuestros rivales una táctica, una idea de resguardarse al pronto y de hacer luego nuestra caída más profunda, retardándola?.... Lo que me inquieta es ver á Gundermann en esto.

En efecto, Gundermann, uno de los primeros, se había ofrecido para evitar la inmediata declaración de quiebra, con el extraordinario sentido práctico de un hombre que obligado á pegar fuego á la casa del vecino, se apresurase en seguida á llevar cubos de agua, para que no que-

dara destruido el barrio entero. Era superior al rencor, no tenía otra gloria que ser el primer comerciante de dinero del mundo, el más rico y el más listo, habiendo conseguido sacrificar todas sus pasiones al acrecentamiento continuo de su fortuna.

Saccard hizo un gesto de impaciencia, irritado por aquella prueba que el vencedor daba de su prudencia y de su inteligencia.

—¡Oh! Gundermann hace el alma grande, cree que me asesina con su generosidad.

Hubo un momento de silencio, y Carolina, que había permanecido muda, habló al fin.

—Amigo mío, he dejado á mi hermano hablaros como debía hacerlo, en el legítimo dolor que ha experimentado, al saber todas estas deplorables cosas... Pero la situación nuestra me parece clara, y ¿no es verdad? me parece imposible que él se encuentre comprometido, si el asunto tomase mal giro decididamente. Ya sabéis á qué precio he vendido, no se podrá decir que ha empujado el alza, para sacar mayor provecho de sus títulos. Y, por otra parte, si llega la catástrofe, ya sabemos lo que nos toca hacer... Yo no tengo de ningún modo, lo confieso, vuestra obstinada confianza. Pero tenéis razón, hay que luchar hasta el último momento, y no será mi hermano quien os desaliente, estad seguro de ello.

Estaba conmovida, bajo la influencia otra vez de su tolerancia para aquel hombre tan obstinadamente vivaz, no queriendo, sin embargo, mos-

trar esta flaqueza, porque no podía cerrar los ojos sobre la execrable labor que él había hecho, con su pasión ladrona de corsario sin escrúpulos.

—Ciertamente — declaró á su vez Hamelin, cansado y al cabo de resistencia — yo no he de ir á paralizaros, cuando os batís por salvarnos á todos. Contad conmigo si puedo seros útil.

Y, una vez más, en aquel momento supremo, bajo las más espantosas amenazas, Saccard los tranquilizó, los reconquistó, separándose de ellos con estas palabras, llenas de promesas y de misterio:

—Dormid tranquilos... Todavía no puedo hablar, pero tengo la certeza absoluta de ponerlo todo á flote antes del fin de la semana que viene.

Esta frase, que no explicaba, la repitió á todos los amigos de la casa, á todos los clientes que fueron, asustados, aterrados, á pedirle consejo. Hacia tres días que no cesaba el desfile, en la calle de Londres, á través de su despacho. Las Beauvillers, los Maugendre, Sedille, Dejoie, acudieron unos tras otros. Recibíalos muy tranquilo con aire marcial, con palabras vibrantes que les volvían á dar valor; y cuando hablaban de vender, de realizar con pérdida, se incomodaba, les decía que no hicieran una tontería semejante, comprometiéndose por su honor á alcanzar otra vez los precios de 2.000 y hasta de 3.000 francos. A pesar de las faltas cometidas, todos conservaban en él una fe ciega: que se le dejara, que fuera libre de robarlos todavía, y él lo desembrolla-

ría todo y acabaría por enriquecerlos á todos, como había jurado. Si no ocurría ningún accidente antes del lunes, si se le daba tiempo de reunir la junta general extraordinaria, nadie dudaba de que sacaría el Universal sano y salvo de entre los escombros.

Saccard había pensado en su hermano Rougon: este era el socorro todopoderoso de que hablaba, sin querer explicarse más. Habiéndose encontrado cara á cara con Daigremont, el traidor, le había dirigido amargos reproches, y no había obtenido más que esta respuesta: «¡Pero, querido, no he sido yo quien os ha abandonado, ha sido vuestro hermano!» Evidentemente, aquel hombre estaba en su derecho: no había entrado en el negocio más que á condición de que Rougon estuviera en él, se le había prometido Rougon formalmente, y nada de extraño había en que se retirase desde el momento en que el ministro, lejos de estar allí, vivía en guerra con el Universal y su director. Esta era al menos una excusa sin réplica. Muy impresionado, Saccard acababa de comprender su inmensa falta, aquella riña con su hermano que era el único que podía defenderlo, hacerlo sagrado hasta el punto de que nadie se atrevería á acabar su ruina desde el momento en que supiera que detrás de él estaba el grande hombre. Y fué, para su orgullo, una de las horas más amargas aquella en que se decidió á suplicar al diputado Huret que interviniere en su favor. Por lo demás, guarda-

ba una actitud de amenaza, seguía rehusando desaparecer, exigía como cosa debida el apoyo de Rougon, que tenía más interés que él en evitar el escándalo. Al día siguiente, cuando esperaba la prometida visita de Huret, recibió sencillamente una carta en la que, en términos vagos, se le decía que no se impacientase y que contase con una buena salida, si no se oponían las circunstancias, más tarde. Dióse por satisfecho con aquellas pocas líneas, que miró como una promesa de neutralidad.

Pero la verdad era que Rougon acababa de tomar el enérgico partido de concluir con aquel miembro gangrenado de la familia, que, hacía años, lo inquietaba con eternos temores de accidentes sucios, y el cual prefería en fin amputar violentamente. Si llegaba la catástrofe, estaba decidido á dejar correr las cosas. Puesto que jamás obtendría de Saccard su destierro ¿no era lo más sencillo obligarlo á expatriarse él mismo, facilitándole la huida, después de una buena condena? Un escándalo brusco, un escobazo, y todo habría acabado. Por otra parte, la situación del ministro se hacía difícil desde que había declarado en el Cuerpo legislativo, en un arranque de memorable elocuencia, que jamás la Francia dejaría á la Italia apoderarse de Roma. Muy aplaudido por los católicos, muy atacado por el tercer estado cada día más poderoso, veía llegar el instante en que éste último, ayudado por los bonapartistas liberales, le haría saltar

del poder, como no le diera también una prenda. Y la prenda, si las circunstancias lo querían, iba á ser el abandono de aquel Universal, patrocinado por Roma, convertido en una fuerza inquietante. Lo que, al fin, había acabado de decidirlo, había sido una comunicación secreta de su colega de Hacienda que, á punto de contratar un empréstito, había encontrado á Gundermann y á todos los banqueros judíos muy reservados, dando á entender que rehusarían sus capitales en tanto que el mercado siguiera inseguro para ellos, entregado á las aventuras. Gundermann triunfaba. ¡Antes los judíos, con su soberanía aceptada del oro, que los católicos ultramontanos dueños del mundo, si se hacían los reyes de la Bolsa!

Se contó más tarde que el ministro de Justicia Delcambre, encarnizado en su rencor contra Saccard, habiendo explorado á Rougon acerca de la conducta que habría que seguir respecto de su hermano, en el caso en que la justicia tuviera que intervenir, había recibido sencillamente, como contestación, este grito del alma: «¡Ah, que me desembarace de él, y le deberé un hermoso cirio!» Desde entonces, desde el momento en que Rougon lo abandonaba, Saccard estaba perdido. Delcambre, que lo acechaba desde su llegada al poder, lo tenía al fin en la orilla del Código, al borde mismo de la vasta red judicial, no faltándole más que el pretexto para lanzar sus gendarmes y sus jueces.

Una mañana, Busch, furioso por no haber obrado todavía, se dirigió al palacio de justicia. Si no se apresuraba, ya no sacaría nunca á Saccard los cuatro mil francos debidos á la Mechain, de la famosa cuenta de gastos por el pequeño Víctor. Su plan era simplemente promover un abominable escándalo, acusándolo de haber secuestrado un niño, lo que le permitiría exponer los detalles inmundos de la violación de la madre y el abandono del pequeño. Un proceso así, contra el director del Universal, en la emoción producida por la crisis que atravesaba este banco, conmovería ciertamente á todo París; y Busch todavía esperaba que Saccard pagaría á la primera amenaza. Pero el fiscal que se encontró, encargado de recibirlo, un propio sobrino de Delcambre, escuchó su historia con aire de impaciencia y de fastidio: ¡no, no! nada serio se podía hacer con semejantes chismes, aquello no caía bajo la acción de ningún artículo del Código. Desconcertado, Busch se arrebataba, hablaba de su larga paciencia, cuando el magistrado le interrumpió bruscamente al oírle decir que había llevado su candidez, respecto de Saccard, hasta colocar fondos en cuenta corriente en el Universal. ¡Cómo! ¡Tenía fondos comprometidos en la ruina segura de aquella casa y no obraba! Nada había más sencillo, no tenía más que presentar una demanda por estafa, porque la justicia se encontraba desde aquel momento advertida de maniobras fraudulentas que iban á producir la

bancarrota. Este era el golpe terrible que dar, no la otra historia, el melodrama de una mujercilla muerta de una borrachera y de un chiquillo criado en medio del arroyo. Busch escuchaba con la cara atenta y seria, lanzado por aquella nueva vía, arrastrado á un acto que no había ido á realizar, y del que adivinaba las decisivas consecuencias: Saccard preso, el Universal herido de muerte. Sólo el miedo de perder su dinero lo habría decidido inmediatamente. No pedía, por otra parte, más que desastres para pescar en río revuelto. Sin embargo, vacilaba, decía que reflexionaría, que volvería; y fué preciso que el fiscal le pusiera la pluma en la mano y le hiciera escribir en su mismo despacho, en su mesa, la demanda por estafa, que, inmediatamente después de despedir á Busch, llevó, ardiendo en celo, á su tío el ministro de Justicia. El asunto estaba entablado.

El día siguiente, en la calle de Londres, en el domicilio de la sociedad, tuvo Saccard una larga entrevista con los comisarios censores y con el administrador judicial, para convenir el balance que deseaba presentar á la junta general. A pesar de las sumas prestadas por los otros establecimientos financieros, había sido necesario cerrar las rejillas, suspender los pagos, ante las crecientes demandas. Aquel banco que, un mes antes, poseía cerca de doscientos millones en sus cajas, no había podido reembolsar á su clientela enloquecida más que unos pocos centenares de

miles de francos. Un fallo del tribunal de comercio había declarado de oficio la quiebra, á consecuencia de un informe sumario, redactado la vispera, por un perito encargado de examinar los libros. A pesar de todo, Saccard, inconsciente, aún prometía salvar la situación, con una ceguedad de espíritu, una obstinación de valentía extraordinarias. Y, precisamente aquel día, esperaba la respuesta de la junta de los agentes de cambio para la fijación de un precio de compensación, cuando entró el ujier á decirle que tres señores lo esperaban en el salón vecino. Aquello era acaso la salvación, se dirigió á allá muy alegre, y se encontró con un comisario de policía, acompañado de dos agentes, que procedió á su detención inmediata. El mandamiento había sido expedido en vista del informe del perito, que denunciaba irregularidades de escrituras, y particularmente en vista de la demanda por abuso de confianza de Busch, que pretendía que fondos confiados por él para ser consignados en cuenta corriente, habían recibido otro empleo. A la misma hora detenían igualmente á Hamelin, en su domicilio, calle de San Lázaro. Esto sí que era ya el fin, como si todos los odios, todas las desdichas también, se hubieran encarnizado. La junta general extraordinaria no podía ya reunirse; el Banco Universal había muerto.

Carolina no estaba en su casa, en el momento de la detención de su hermano, el cual no pudo más que dejarle algunas líneas escritas apresu-

radamente. Cuando volvió, se quedó estupefacta. Jamás había creído que se pensara ni por un momento en perseguirlo, de tal modo le parecía puro de todo tráfico sucio, libre de toda sospecha, por sus largas ausencias. Desde el día siguiente de la quiebra, el hermano y la hermana se habían despojado de todo lo que poseían en favor del activo, queriendo salir desnudos de aquella aventura, como desnudos habían entrado en ella; y la suma era fuerte, cerca de ocho millones, en los cuales se encontraban tragados los trescientos mil francos que habían heredado de una tía. Inmediatamente se lanzó á dar pasos, á solicitar, no vivió más que para mejorar la suerte y preparar la defensa de su pobre Jorge, acometida otra vez de crisis de lágrimas, á pesar de su valentía, cada vez que se lo representaba inocente y en la prisión, salpicado de aquel horrible escándalo, la vida devastada, manchado para siempre. ¡Él tan dulce, tan débil, de una devoción de niño, de una ignorancia de «pedazo de tonto,» como ella le llamaba, fuera de sus trabajos técnicos! Y, al pronto se había irritado contra Saccard, la única causa del desastre, el obrero de su desgracia, cuya labor execrable reconstituía y juzgaba ahora con claridad, desde los comienzos, cuando él le daba broma tan alegremente por sus lecturas del Código, hasta aquellos días del fin, en los que, en las severidades del fracaso, debían pagarse todas las irregularidades que ella había previsto y dejado cometer. Después,

torturada por el remordimiento de complicidad que la acometía á menudo, se había callado, evitaba ocuparse abiertamente de él, dispuesta á obrar como si no existiese. Cuando tenía que pronunciar su nombre, parecía que hablaba de un extraño, de una parte contraria cuyos intereses eran diferentes de los suyos. Ella, que visitaba casi diariamente á su hermano en la Conserjería, ni siquiera había solicitado una autorización para ir á ver á Saccard. Y estaba muy animosa, seguía viviendo en su habitación de la calle de San Lázaro, recibiendo á todos los que se presentaban, aun los que llegaban con la injuria en la boca, transformada así en una mujer de negocios resuelta á salvar todo lo que pudiera de su honradez y de su felicidad.

Durante los largos días que pasaba de aquel modo, arriba, en aquel despacho de los planos, donde había vivido tan hermosas horas de trabajo y de esperanza, un espectáculo sobre todo la afligía. Cuando se acercaba á una ventana y echaba una mirada al hotel vecino, no podía ver allí sin que se le oprimiera el corazón, detrás de los cristales de la estrecha pieza donde las dos pobres mujeres se encontraban, los pálidos perfiles de la condesa de Beauvilliers y de su hija Alicia. Eran muy templados aquellos días de Febrero, y solía verlas también con frecuencia andando á pasos lentos, con la cabeza baja, á lo largo de las calles del musgoso jardín, solado por el invierno. El hundimiento había sido es-

panoso en aquellas dos existencias. Las desgraciadas que, quince días antes, poseían un millón ochocientos mil francos con sus seiscientas acciones, no habrían sacado más que diez y ocho mil, hoy que los títulos habían caído de tres mil francos á treinta. Y su fortuna entera se había fundido, había sido arrastrada por la catástrofe: los veinte mil francos de la dote, ahorrados tan penosamente por la condesa, los setenta mil tomados á préstamo, al principio, sobre la quinta de las Aublets, las Aublets misma vendida después en doscientos cuarenta mil francos, cuando valía cuatrocientos mil. ¿Qué iba á ser de ellas, ahora que las hipotecas que el hotel tenía sobre sí se comían ya ocho mil francos por año, y que no habían podido reducir jamás el gasto de la casa á menos de siete mil, á pesar de su roñería, de los milagros de economía sórdida que realizaban para salvar las apariencias y conservar su rango? Aun vendiendo sus acciones, ¿cómo vivir en adelante, cómo hacer frente á todas las necesidades, con aquellos diez y ocho mil francos, último resto del naufragio? Imponíase una necesidad, que la condesa no había querido todavía afrontar resueltamente: dejar el hotel, abandonarlo á los acreedores hipotecarios, puesto que se hacía imposible pagar los intereses, no esperar á que aquellos lo hiciesen poner en venta, retirarse en seguida al fondo de algún pequeño cuarto, para vivir en él una vida estrecha y desconocida, hasta el último pedazo de pan. Pero

si la condesa resistía, es porque esto era como un desgajamiento de toda su vida, la muerte misma de lo que ella había creído ser, el hundimiento del edificio de su raza que, hacia años, sostenía con sus manos temblorosas, con heroica obstinación. Los Beauvilliers en una habitación alquilada, no teniendo ya el techo de los antecesores, viviendo en casa de otros, en la miseria confesada de los vencidos: esto era, verdaderamente, para morir de vergüenza. Y seguía luchando.

Una mañana, Carolina vió á aquellas señoras, bajo el cobertizo del jardín, lavando su ropa. La vieja cocinera, casi impotente, ya no les servía de gran ayuda; durante los últimos fríos habían tenido que cuidarla; y lo mismo pasaba con el marido, á la vez portero, cochero y ayuda de cámara, que con gran trabajo podía barrer la casa y cuidar el viejo caballo, cojo y lleno de achaques como él. También se habían puesto resueltamente á las faenas de la casa, la hija dejando alguna vez sus acuarelas para hacer las pobres sopas con que vivían mezquinamente las cuatro personas, la madre sacudiendo los muebles, componiendo los vestidos y el calzado, con la idea de ínfima economía de que se gastaban menos los plumeros, las agujas y el hilo desde que era ella quien los usaba. Pero así que llegaba una visita, había que verlas á las dos escapar, tirar el delantal, lavarse de prisa y corriendo y reaparecer como amas de casa, de manos blan-

cas y ociosas. En la calle el tren no había cambiado, el honor estaba á salvo: el cupé salía siempre enganchado correctamente, llevando á la condesa y á su hija á sus visitas; las comidas quincenales seguían reuniendo á los convidados de todos los inviernos, sin que hubiera un plato de menos en la mesa, ni una bujía en los candelabros. Era necesario dominar el jardín como Carolina, para saber con qué terribles días siguientes de ayuno era pagada toda aquella decoración, aquella fachada engañadora de una fortuna desaparecida. Cuando las veía en el fondo de aquel húmedo pozo, ahogado entre las casas vecinas, paseando su mortal melancolía bajo los verdosos esqueletos de los árboles centenarios, sentíase poseída de una inmensa piedad, y se apartaba de la ventana con el corazón desgarrado por los remordimientos, como si hubiera sido cómplice de Saccard, en aquella miseria.

Después, otra mañana, Carolina sintió una tristeza más directa, más dolorosa todavía. Se le anunció la visita de Dejoie y quiso valerosamente recibirlo.

—¿Qué hay, mi pobre Dejoie?...

Peró se detuvo, asustada, al ver la palidez del antiguo mozo de escritorio. Los ojos parecían muertos en su faz descompuesta, y él, muy alto, se había empequeñecido, encorvándose.

—Vamos, no hay que dejarse abatir, todavía creo que no se perderá todo ese dinero.

Entonces él habló con una voz lenta.

—¡Oh! señora, no se trata de eso..... Sin duda que en el primer momento he recibido un rudo golpe, porque me había acostumbrado á creer que éramos ricos. Cuando se gana, esto se sube á la cabeza y se pone uno como si hubiera bebido..... ¡Dios mío! yo estaba ya resignado á volver á trabajar, y hubiera trabajado tanto que habría conseguido reunir otra vez la suma..... Pero, no sabéis.....

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No sabéis..... Se ha marchado.

—¿Marchado? ¿Pero quién?—preguntó Carolina sorprendida.

—Natalia, mi hija..... Su matrimonio se había deshecho; se puso furiosa cuando el padre de Teodoro llegó á decirnos que su hijo había esperado demasiado y que iba á casarse con la hija de una mercera, que aportaba cerca de ocho mil francos. La verdad, comprendo que se irritase á la idea de quedarse sin un céntimo y de seguir soltera..... ¡Pero yo la amaba tanto! Todavía el último invierno, me levantaba por las noches para arreglar las ropas de su cama. Y me pasaba sin tabaco para que ella pudiera tener sombreros más bonitos, y yo era su verdadera madre, yo la había criado, yo no vivía más que del placer de verla, en nuestro cuartito.

Las lágrimas lo ahogaban, sollozaba.

—Pero la culpa la tiene mi ambición..... Si yo hubiera vendido así que mis ocho acciones